

# **“Europa debe ser el principal motor para llevar a cabo una globalización de rostro humano”**

**Marcelino Oreja Aguirre**

La primera noticia que recibí de la idea de crear la Academia Europea de Yuste fue en 1989, siendo Secretario General del Consejo de Europa. En un viaje de Estrasburgo a Madrid coincidí en el avión con un personaje que no conocía personalmente, pero de quien había leído alguno de sus libros sobre Europa. Era José Antonio Jáuregui. Confieso que quedé impresionado por su vasta cultura, su riqueza mental, su simpatía desbordante. En ese recorrido aéreo me explicó su ilusión por crear una Academia Europea en Yuste.

Jáuregui, que fue muchos años discípulo y ayudante de cátedra de Salvador de Madariaga, a quien por cierto tuve el honor de devolver el pasaporte diplomático al comienzo de la Transición, le había escuchado la idea de crear una Academia Europea.

Aunque él no la pudo lograr, dejó el testigo a su joven colaborador y éste, con la tenacidad propia de un buen navarro, acudió al Presidente de la Junta de Extremadura, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, y a Antonio Ventura Díaz Díaz, en quienes encontró según me dijo “el espíritu que animó a los conquistadores y al mismo don Quijote a no poner límites a la imaginación y obligar a la realidad a alzarse sobre ella misma”.

Gracias a estos tres personajes, y a la acogida que prestó la Corona, se puso en marcha la Fundación Academia Europea de Yuste –cuya Academia cuenta ya con un gran número de académicos de toda Europa– que concede periódicamente los ‘Premios Europeos Carlos V’ a las personalidades más representativas de la cultura y la política europeas. Hasta ahora han sido siete los premios concedidos y pienso que es difícil lograr un acierto tan grande en la selección de las personas premiadas.

El Director de la Fundación, Antonio Ventura, ha tenido la feliz iniciativa de publicar estas “Reflexiones sobre el futuro de Europa” incluyendo unas entrevistas exclusivas con cada uno de los premiados e insertando los discursos pronunciados en el Real Monasterio de Yuste.

Ellos nos explican lo que entienden por el espíritu europeo, el desarrollo del proceso comunitario, los problemas que surgen de la ampliación, de seis a veintisiete países en cincuenta años, los retos que hay que superar para que las instituciones funcionen desde el respeto a la democracia y para garantizar la eficacia, y la exigencia de salvaguardar el espíritu que dio a luz esta excepcional aventura que se inició a mediados del siglo pasado y que siga alumbrando el proceso de construcción europea en medio de los cambios y transformaciones que se han producido en el mundo a lo largo del último medio siglo.

El punto de partida de este desarrollo está en la idea matriz de la reconciliación a raíz del término de la Segunda Guerra Mundial. Francia y Alemania, gracias a la iniciativa de personas como Schuman, Monnet, Adenauer, De Gásperi, deciden instaurar un nuevo orden político y para ello proponen como primer paso crear una Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1951, que más allá de su contenido económico ofrecía un proyecto político de largo alcance que significaba un deseo de paz y de reconciliación.

Lo hicieron además en un contexto en el que seguía existiendo en Europa un sentimiento de temor y desconfianza, de miedo a que pudiera volver una guerra, cuyos estragos eran tan próximos, con cicatrices del último conflicto que aún no estaban del todo curadas. Un año antes de la Declaración de Schuman, se produjo la explosión de la primera bomba atómica rusa, que era como un anuncio de lo que sería la Guerra Fría, mientras la victoria de Mao Tse Tung en China anunciaba la extensión del comunismo a Asia.

En esta situación internacional hace Schuman su Manifiesto. Una propuesta, no lo olvidemos, hecha desde Francia, donde existía aún la gran controversia entre quienes querían dejar reducida Alemania a una autonomía limitada y los que aún recordaban las consecuencias funestas del Tratado de Versalles y pensaban que lo inteligente era reintegrar progresivamente a ese país al concierto de las naciones.

Así se hizo, y dio comienzo ese experimento sin precedentes por el que unos países ponen en común sus economías y acuerdan instituir un órgano supranacional, la Comisión Europea, a la que reconocen el monopolio de iniciativa legislativa para la adopción de los acuerdos.

Desde entonces se amplían las competencias de la Comunidad, se organiza un mercado común que garantiza la libre circulación de personas, servicios, mercancías y capitales, se crea una moneda única, se abordan temas como la política exterior y de seguridad común y el espacio de libertad, seguridad y



*Marcelino Oreja saluda a la Reina doña Sofía en presencia del Rey en el Real Monasterio de Yuste en su toma de posesión como académico de la Academia Europea de Yuste*

justicia, y se amplía el número de países que se integran en la Comunidad. Pero el cambio más profundo se produce como consecuencia de haberse puesto término a la división que se había producido en Europa al final de la Guerra Mundial.

El derribo del Muro de Berlín ha tenido un alcance equiparable a los cambios más importantes producidos en los últimos dos siglos y pienso en fechas como 1789 con la Revolución Francesa, 1815 con el Congreso de Viena y 1919 con el final de la Primera Gran Guerra. Incluso me atrevería a decir que lo que sucedió en 1989 fue aún más relevante. Las fechas anteriores evocan revoluciones, ruptura de imperios, reordenación de esferas de influencia. Pero en esos tres momentos los cambios se producen dentro de un sistema de equilibrio de poder y de Estados soberanos independientes. A partir de 1989 cambia el sistema europeo, termina la Guerra Fría pero también se pone fin al régimen de equilibrio de poder. Mientras filósofos, sociólogos, historiadores, discutían qué consecuencias tendría aquel paso, la realidad nos muestra que asistimos a partir de entonces a una reconfiguración del poder mundial producto de diversos factores entre los que cabe destacar los siguientes:

-El ascenso o resurgimiento de una serie de Estados –China, India, Brasil, Rusia– cuya incidencia en el consumo, en la producción de recursos energéticos, condiciona a las potencias occidentales, como demuestra la dependencia energética de la Unión Europea.

-Se produce también un claro desplazamiento del mundo hacia Asia. Un informe del Fondo Monetario Internacional prevé que en el 2013 Estados Unidos seguirá siendo la mayor potencia del mundo pero seguida de China e India, por delante de Japón; después en quinto lugar irá Alemania, seguida de la Federación Rusa, Gran Bretaña, Francia y Brasil.

-Aparecen igualmente actores no estatales como Hamás, Hezbolá y Al Qaeda; y también grupos religiosos, organizaciones no gubernamentales; empresas multinacionales, en especial las grandes compañías energéticas y farmacéuticas.

La acción continuada de todos estos factores nos ha hecho tomar conciencia de las múltiples crisis que están agotando al mundo y no sólo a Occidente:

- Crisis financiera que comenzó en agosto de 2007 con dificultades en el sistema hipotecario americano y que ha penetrado en el conjunto del sistema financiero forzando a los bancos centrales a intervenir de forma masiva y concertada.

- Crisis monetaria, en la medida en que la moneda de referencia mundial, el dólar, ha ido perdiendo valor en relación al euro.

- Crisis económica que dio comienzo con la burbuja inmobiliaria y los efectos en los créditos en los Estados Unidos.

- Social, con el crecimiento del desempleo y el malestar en amplias capas de la población.

- Energética, que afecta a todos los países excepto los grandes productores de petróleo.

- Planetaria, con la destrucción de los equilibrios ecológicos básicos en la tierra y en los océanos, la disminución de la biodiversidad, la creciente desertización, la deforestación y el cambio climático provocado por el agujero del ozono y por el efecto invernadero.

- Alimentaria, con gravísimas consecuencias para los países más pobres.

- Y por fin crisis de valores, con la desaparición de los principios éticos en las relaciones sociales y políticas.

En este nuevo escenario que se presenta ante nosotros ¿Cuál va a ser el papel de Europa? ¿Qué deben hacer las naciones europeas para contribuir a una nueva cooperación desde el respeto a nuestros valores y nuestros principios?

Europa ha mostrado en los últimos sesenta años una extraordinaria capacidad de adaptación a las circunstancias. El hombre europeo, como ha dicho con acierto Jorge Semprún ha logrado “una idea nueva, una idea en marcha, que no viene a sustituir a las antiguas naciones sino a insuflarlas más vida mediante una exigencia nueva: inventar entre todos una democracia europea, que se enriquezca con las aportaciones de cada uno de nuestros países y de nuestro ideal compartido”.

Y así se ha hecho, acomodando el Tratado primitivo a las necesidades de cada momento, con el Acta Única, Maastricht, Ámsterdam, Niza. Pero el gran salto tenía que darse como consecuencia del paso de quince a veintisiete Estados miembros y la perspectiva de nuevas ampliaciones que exigen unos cambios institucionales que permitan hacer viable la reunificación de nuestro Continente.

Muchos europeos consideran que ha habido una precipitación en la ampliación, que a los nuevos socios se les ha exigido menos que a los que ingresaron entre 1973 y 1995. Tal vez sea cierto. Por supuesto se han tenido en cuenta en la ampliación los criterios llamados de Copenhague, que se adoptaron en el Consejo Europeo celebrado en la capital de Dinamarca en 1993, según los cuales “la adhesión implica que el país candidato cuente con instituciones

estables que garanticen la democracia, el imperio de la ley, los derechos humanos, el respeto a las minorías y su protección, una economía de mercado viable, así como la capacidad de respetar las reglas de la competencia y las fuerzas del mercado existentes en la Unión”.

Si se cumplen esas condiciones no hay razón para que Europa no pueda llevar a cabo su misión histórica reunificadora. Lo que no cabe duda es que esas naciones del centro y del este de Europa, cada una con sus características propias y con las heridas recibidas bajo el totalitarismo, víctimas de la opresión y de una organización económica y social centralista e ineficaz, tenían derecho a compartir la Casa Común Europea y que se pusiese término a la larga guerra civil de nuestro Continente que provocó dos guerras mundiales y después la Guerra Fría entre las dos superpotencias.

Por eso considero injusto atribuir a la ampliación la causa de los problemas de la Unión Europea. Unas naciones –no lo olvidemos– que comparten con los demás la misma herencia común: la razón crítica heredada de Grecia, el espíritu evangélico del Cristianismo, las Instituciones del Derecho Romano, la Revolución y la Ilustración con la proclamación de las libertades públicas y los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Puesta en marcha la ampliación era imprescindible acomodar los Tratados a la nueva realidad y se hizo una propuesta de modificación de los Tratados, de mayor alcance que los anteriores cambios.

Consideraron los líderes europeos que el método de llevarla a cabo debía ser distinto al seguido hasta entonces y propusieron la convocatoria de una Convención presidida por el ex Presidente de la República francesa Valéry Giscard d'Estaing y con la participación de representantes de los Jefes de Estado y de Gobierno, del Parlamento europeo, de los Parlamentos nacionales y de la Comisión, que sentase las bases de los cambios que debían introducirse.

Redactaron un texto que se formalizó en una Conferencia intergubernamental y el resultado fue el “Tratado por el que se establece una Constitución para Europa”.

Este Tratado fue sometido a los Estados miembros para su ratificación. Algunos anunciaron su aprobación por referéndum. El primero fue España, donde la participación fue inferior al cincuenta por ciento, pero con un resultado ampliamente favorable. Lo que no se esperaba era que en las consultas siguientes en dos países fundadores, Francia y los Países Bajos, fracasara la aprobación, lo que interrumpió todo el proceso.

El Consejo europeo decidió entonces abrir un periodo de reflexión y el resultado fue la redacción de un nuevo texto tres años más tarde, en el que no se mencionan expresamente algunos elementos simbólicos como la bandera y el himno europeo, que no por eso desaparecen de la realidad sino que dejan de figurar en el texto, pero en lo demás, en términos generales, se respetan los principios del Tratado Constitucional aunque el nombre de Constitución desaparece por la desconfianza que sienten algunos países que prefieren seguir hablando del Tratado.

Sin embargo cuando parecía el camino expedito a una aprobación relativamente rápida, se volvió a interrumpir el proceso por la votación negativa de Irlanda y retrasos de algunos Estados a la ratificación como fue el caso de Polonia, Chequia y Eslovaquia.

Pero en fin, todo esto es ya agua pasada y el Tratado ha entrado en vigor el pasado 1 de diciembre, se ha procedido al nombramiento del Presidente del Consejo Europeo y de la Alta Representante de Política exterior y se ha puesto en marcha el nuevo método en el que España juega un papel importante como Estado al que corresponde la presidencia semestral acomodándose a la nueva circunstancia y ayudando a poner en práctica los nuevos procedimientos de la Unión.

El nuevo Tratado supone a mi juicio un paso importante para abordar los problemas que tienen ante sí los países de la Unión.

A partir de ahora, con este nuevo Tratado estamos en condiciones de abordar mejor los problemas que se nos plantean: aumento de la legitimidad de las instituciones, mejora de la visibilidad de las mismas y progreso en el carácter democrático de la Unión Europea. Habremos logrado así superar un reto importante, que nos permitirá una mayor eficacia, democracia y legitimidad.

Y una prioridad absoluta es que Europa sea capaz de afrontar la crisis económica tanto la actual como las posibles crisis futuras, por supuesto en estrecha colaboración con las otras grandes potencias del mundo, pero logrando una acción concertada entre los europeos que tantas veces se echa en falta, ya que no es suficiente que los países del Euro hayamos sido capaces de articular una política monetaria común, es necesario una coordinación de las políticas económicas para hacer valer nuestro peso en el mundo. De lo contrario, la cohesión de la moneda común y de la UE corre un grave riesgo. Si esto continúa y se incumplen los criterios establecidos en el Tratado de Maastricht, que España adaptó en su día con extraordinario rigor, la consecuencia será una vuelta al

proteccionismo, lo que puede poner en grave riesgo los avances logrados con la unión monetaria y la moneda única.

Para evitar todo ello es imprescindible un “gobierno económico europeo”, una mayor coordinación económica, que es posible sin necesidad de cambiar los tratados.

Tenemos que buscar motores alternativos para impulsar el crecimiento futuro, lo que conduce hacia políticas que puedan jugar un papel relevante, como factores de dinamización y de mejora de los niveles de productividad. Pienso en el potencial innovador de los sectores energéticos y medioambientales, en la lucha contra el cambio climático, en la necesidad de reforzar políticas y estrategias horizontales como la educación de calidad a todos los niveles; el incremento de gastos en I+D; la financiación adecuada para nuevas iniciativas empresariales; la mejora del entorno regulatorio de las pymes; una mayor flexibilidad en el funcionamiento de los mercados de bienes, servicios y trabajo. Y esto no deben hacerlo los países europeos de forma dispersa, sino profundizando en la construcción de un espacio económico integrado, en el que las libertades que conforman el mercado interior –libre circulación de personas, servicios, mercancías y capitales– faciliten el trasvase de recursos humanos, financieros y tecnológicos, desde sectores protegidos por la competencia, a sectores competitivos; y desde actividades con bajo valor añadido, hacia sectores de punta.

Ante la magnitud de la crisis que tenemos, debemos movilizar todas nuestras energías y hacerlo a nivel europeo y global, superando nuestras peleas internas, porque la dimensión de los desafíos abarca al mundo entero y así se lo hemos de explicar a la opinión pública.

Desgraciadamente no existen sólo recetas locales, aunque es cierto que podemos actuar en cada país sobre el fondo de reformas estructurales, que nos preparen para un futuro que va a ser diferente a partir de esta crisis. Sistemas educativos y de formación de capital humano, relaciones industriales sobre bases nuevas, cambios de fondo de las políticas energéticas.

Pero es imprescindible una política de la Unión Europea, como espacio público compartido, concertado con Estados Unidos y con otros actores internacionales como los reunidos en el G20.

Porque no es lógico lo que nos ha sucedido: un sistema financiero creando productos sin bases reales, sin contabilidad, en un mercado mundial interconectado, que no tiene reglas ni previsibilidad o control.



*Parte posterior del Palacio de Carlos V en Yuste*

No es lógico un modelo productivo que en algunos países ignora el uso de la energía nuclear y que está basado en el consumo masivo de energías, que nos abocan a una crisis de oferta inevitable.

No es lógico ni admisible, una distribución de ingresos tan desigual entre los seres humanos porque además de ser injusto provocará el estallido de conflictos agudizados por el incremento de la pobreza y la marginalidad. Por eso la Unión Europea debe hacer un esfuerzo acompañado de acuerdos sociales, económicos y políticos con todos los actores. Y habrá que activar negociaciones como las que se programaron en la Agenda de Lisboa en el año 2000 y se quisieron reactivar en el 2005, pero sin éxito y esperemos que se lleven a cabo para un pacto por la productividad y la competitividad en la economía global.

Con políticas que mejoren el capital humano y orienten la formación hacia más y mejor investigación, desarrollo e innovación, para lograr por fin que Europa se convierta en potencia económica y tecnológica de primer orden, ligada al modelo de cohesión social que deseamos promover y que debemos poder financiar con una estructura productiva para el siglo XXI.

Y lo mismo que decimos en el sector económico y en el financiero debemos aplicarlo a la política exterior y de seguridad común. Cooperación en la Unión Europea, en las relaciones de la Unión con la Alianza Atlántica, en las relaciones con Rusia y por supuesto en las relaciones transatlánticas.

La visita a Europa del Presidente de Estados Unidos hace unos meses ha puesto de relieve la importancia de esta cooperación y estoy convencido de que el partenariado de seguridad euroatlántico, nos permitirá afrontar juntos los riesgos y las amenazas a los que estamos expuestos. Como se ha repetido tantas veces, Europa debe por fin tener un peso en el mundo.

En mis primeras líneas he evocado a los Padres Fundadores, entre los que hay que incluir también a Winston Churchill, Salvador de Madariaga, Paul Henri, Spaak, y por qué no, a quienes más tarde han seguido sus huellas como los siete galardonados con el ‘Premio Europeo Carlos V’. Todos ellos han jugado un papel decisivo en la adaptación de la Unión a las circunstancias del momento histórico que les ha tocado vivir.

La Fundación Academia Europa de Yuste les ha solicitado unas entrevistas que se recogen en este libro y que ponen de manifiesto que estos personajes, además de formar parte de la Historia de Europa, contribuyen con su experiencia y su visión a descubrir ese “claro del bosque” que tan bellamente nos describe María Zambrano en uno de sus poemas “un centro en el que no siempre es posible

entrar”. El primero de los premiados ha sido Jacques Delors, lo que considero un acierto ya que es tal vez la persona que mejor encarna en nuestro tiempo el ser europeo. En él destaca permanentemente ese desarrollo armonioso de espíritu y voluntad. El espíritu de un humanista y la voluntad que le llevó a lanzar el mercado interior, la moneda única, los fondos de cohesión, el libro blanco sobre el crecimiento, la competitividad y el empleo, es decir, la solidaridad. Y en toda su obra late siempre la idea de reconciliación que fue la que alumbró la Comunidad europea.

Tuve la fortuna de colaborar con Jacques Delors en la Comisión. Era sorprendente su conocimiento de los expedientes que allí se debatían y al mismo tiempo su visión común de proyectos concretos. Y una pregunta que él se formulaba constantemente es ¿Qué queremos hacer juntos los europeos? Hay que saber distinguir cuáles son las competencias comunitarias y cuáles las que corresponden a los Estados como exige el respeto a la subsidiaridad. De todo ello se habla en la excelente entrevista que verán recogida en este libro.

Wilfried Martens fue el segundo receptor del Premio. Primer Ministro de Bélgica, portavoz en el Parlamento europeo del Grupo Popular y ahora Presidente de ese Grupo político. Es un hombre de conciliación, propenso al compromiso y al diálogo político. Le conocí hace más de treinta años y me llamó siempre la atención por la solidez de sus principios y al mismo tiempo su esfuerzo constante por encontrar vías de acuerdo.

Entendió muy pronto la necesidad de adoptar criterios comunes en temas vitales como la lucha contra el terrorismo. Su contribución a la adopción de la “orden de busca y captura” de terroristas fue decisiva y el mérito era mayor porque Bélgica había sido uno de los países de acogida de terroristas y él fue quien rompió aquella espiral con eficacia y determinación.

A lo que siempre se ha opuesto ha sido a la idea de un superestado europeo. Una cosa es cooperar y contribuir a la Unión y otra la defensa de todo lo que pueda decidirse en la esfera local, regional y de los Estados miembros. Esa ha sido también su posición respecto a la política social. Defiende un modelo social europeo pero desde el respeto a la diversidad en su aplicación por diversos Estados.

Otro de los galardonados con el ‘Premio Carlos V’ ha sido Felipe González que ha mantenido una línea inequívoca europeísta, como líder de la oposición, como Presidente del Gobierno y hoy como personalidad muy distinguida en el escenario europeo donde preside el Grupo de Sabios para definir la estrategia

europea en el horizonte 2020. Y fue uno de los principales jinetes de lo que se denominó la “galopada europea” de la década de 1985 a 1995. A esa etapa corresponden tres figuras preeminentes, Kohl, Delors y González, a los que debemos el gran salto de las Comunidades europeas gracias al Acta Única, el Mercado Interior sin fronteras, el Tratado de la Unión Monetaria, el Tratado de Maastricht. Ellos lo consiguieron. Felipe González tuvo también la visión de los Fondos de cohesión que tanto favorecieron a España y él también fue consciente de la importancia para Europa de apoyar sin reservas a la República Federal de Alemania, primero en su política estratégica con el despliegue de los misiles de medio alcance frente a las SS-20 soviéticos y después defendiendo la reunificación de Alemania, mientras otros líderes europeos se colocaban al margen de la historia.

Recomiendo mucho a los lectores de este libro que repasen atentamente la entrevista de Felipe González, excelente contribución a una determinada idea de Europa con la que me siento muy solidario.

El jurado de los Premios tuvo el acierto de concedérselo el año 2002 a Mijaíl Gorbachov que presidió la Unión Soviética en los años en los que el mundo vivió el cambio más importante de los últimos dos siglos desde el comienzo de la Revolución Industrial. En ese cambio el premiado jugó un papel preeminente al contribuir con su determinación a la recuperación de la libertad en muchos pueblos europeos.

A partir de 1986 puso en marcha la operación de la Perestroika, una reforma económica que exigía para su realización una política de información a los ciudadanos que les hiciera llegar la imperativa necesidad de cambios en la organización de la sociedad. La Unión Soviética se había quedado atrasada en el desarrollo tecnológico y por fin el pueblo iba a conocer la necesidad urgente de introducir los cambios que permitieran acomodar la verdad oficial a la verdad real.

La estructura de la Unión Soviética había sido incapaz de afrontar la nueva situación de transparencia y apertura y Gorbachov dio paso a que las Repúblicas alcanzaran su independencia y la Federación Rusa iniciara su camino hacia la democracia. Su determinación fue también ofrecer una cooperación con los demás países europeos para juntos lograr que Europa pudiera convertirse en un poderoso polo de fuerza en un mundo multipolar, en equilibrio con los Estados Unidos de América.

Su discurso en aquellos años fue siempre tranquilizar a los europeos respecto a los temores de que Rusia pudiera provocar, garantizando que su país no se volvería atrás y asegurando que la parte más difícil del camino ya se había recorrido.

En la entrevista que se recoge en este libro, Gorbachov, además de evocar los valores cristianos como aquellos que deben conformar el espíritu europeo, sale al paso de la tentación de división de “vieja” y “nueva” Europa y la necesidad de unir el continente en una Casa Común. Todo el texto tiene el inmenso valor de mostrar la visión de un hombre decisivo en la apertura a la democracia y que sigue hoy exponiendo sus ideas desde la serenidad de quien ya no tiene responsabilidad directa de gobierno pero es consciente de su papel en el desarrollo de la democracia y la libertad de su país.

Jorge Sampaio, Presidente de la República de Portugal, fue el Premio correspondiente al año 2004. Eminentemente jurista, europeísta convencido, sincero amigo de España, el Presidente Sampaio reúne las mejores virtudes de ese gran pueblo amigo, de larga vocación universal, como es el pueblo portugués.

Le conocí cuando era miembro de la Comisión Europea de Derechos Humanos en Estrasburgo en mi época de Secretario General y me impresionó siempre por su sencillez, su amabilidad, su tolerancia y al mismo tiempo la fuerza de sus convicciones y el rigor de sus argumentos jurídicos y su ferviente defensa de Europa y sus instituciones. Una Europa defensora de los Derechos Humanos, que imponga el respeto a las reglas de Derecho Internacional y que rechace y condene las guerras preventivas y las acciones bélicas unilaterales. Una Europa que poco a poco se consolide como un Estado Social europeo y que alcance plenamente la integración europea.

Para Sampaio, a fin de dotar a Europa de un modelo político adecuado el camino debe ser la creación de una Federación de Estados-nación que permita articular la Europa de los Estados con la Europa de los Pueblos. Para ello propone un sistema bicameral de tipo federal que disponga de un “Senado”, en el que los Estados estén representados de forma paritaria y que comparta con la “Primera Cámara” las funciones legislativas.

Preocupación constante del premiado ha sido que no basta que Europa se afirme como potencia regional, ni que se desarrolle como mero pilar europeo de la OTAN sino que la ambición debe ser afirmarnos como fuerza mundial.

Ante la pregunta de lo que ha significado, cincuenta años después, conmemorar el Tratado de Roma, Sampaio responde: “significa que reforcemos

la voluntad de hacer de nuestra Europa una verdadera comunidad de destino, un proyecto político más dinámico, con mayor iniciativa y determinación, con menos bloqueos, desequilibrios y menos aplazamientos. Con diferencias y alternativas más clarificadoras y, al mismo tiempo, consensos más sólidos y duraderos”. Excelente programa que debería ser tenido en cuenta por los responsables políticos de las Instituciones de la Unión.

Una de las ramas altas del escenario europeo del último medio siglo ha sido indiscutiblemente Helmut Kohl, ex canciller de la República Federal de Alemania. De él dijo Felipe González en su *laudatio* al serle concedido el Premio, que ha sido un hombre con poder pero también con autoridad y la autoridad es una cualidad moral y cuando se tiene es la que pervive cuando ya no se tiene el poder.

Vuelvo aquí a la década de la “galopada europea” que antes mencionaba, entre 1985 y 1995, que comprende desde el Acta Única al Tratado de Maastricht y su puesta en práctica posterior. Alguna vez Kohl se preguntaba si por ser tan intensa, tan rápida y profunda los líderes tal vez descuidaron a la infantería y las opiniones públicas no fueron capaces de seguir un galope tan veloz.

Kohl sostiene que aquel impulso fue preciso y gracias a él Europa llegó a un punto de no reversibilidad en el proceso. Habrá parones, etapas de reflexión, pero no vueltas atrás como lo demuestra la Convención que puso en marcha la Carta de Derechos Fundamentales, el proyecto de Constitución europea y ahora el Tratado de Lisboa que finalmente ha entrado en vigor.

Hay una obsesión de Kohl que merece el aplauso y el reconocimiento de todos los europeos: su decidida voluntad de querer una Alemania europea y nunca más una Europa Alemana. Se empeñó, al desaparecer el Muro de Berlín, en la necesidad de lograr la reunificación de Alemania. Esto lo describe muy bellamente Felipe González en su *laudatio* de Kohl y recomiendo a los lectores que lean esas páginas con especial atención.

Kohl, frente a la resistencia de líderes políticos como Mitterrand y Thatcher, logró incardinar la unidad alemana en la unidad política europea y desde entonces se abrió paso el camino de las ampliaciones de la Unión, que ha tenido y tiene problemas pero no había alternativa a dejar que los países arrancados de su historia por el totalitarismo comunista no pudieran volver al hogar común europeo si respetaban las reglas que impone la Unión Europea.

Y Kohl y González propusieron en Maastricht la configuración de una ciudadanía europea, conscientes de que la política en el arte de gobernar el

espacio público que compartimos y la ciudadanía europea no resta nada a la ciudadanía de cada uno de los Estados que integran Europa. Otra idea que Kohl defendió siempre, como Jacques Delors, es que se debe ser respetuoso en la construcción europea con el principio de subsidiaridad, que cada poder en Europa, supranacional, nacional, regional, debe ocuparse de hacer aquello que esté en condiciones de hacer mejor al servicio de los ciudadanos, que deben preguntarse qué podemos hacer juntos los europeos.

El último de los Premios Carlos V –el del 2008– se ha concedió tal vez a la personalidad más emblemática por su historia y las experiencias personales tan dramáticas: me refiero a Simone Veil, la única mujer galardonada hasta ahora.

La Unión Europea es por encima de todo una Comunidad de valores que aparecen recogidos en la Carta de Derechos Fundamentales y en el Convenio Europeo de Derechos Humanos.

Simone Veil ha sido una de las personalidades que a lo largo de toda su vida ha hecho de la defensa de los derechos humanos eje fundamental de su acción política.

Siendo niña vivió en su propia carne la deportación y fue testigo del exterminio de los judíos. Murieron su hermana mayor y su madre y desaparecieron su padre y su hermano. Pero a pesar de esa adolescencia trágica, desde los años cincuenta fue una activa militante de la reconciliación entre Francia y Alemania, a condición de que se construyera una Europa anclada en la libertad, la democracia y los derechos humanos.

Fue Ministra de Sanidad y Asuntos Sociales y en 1979 la primera Presidenta del Parlamento europeo formado por parlamentarios elegidos por sufragio universal. Con su prestigio y autoridad ha luchado siempre por los derechos de la mujer y para que desaparecieran las discriminaciones.

En su discurso de investidura en el Parlamento definió la paz como primer problema para Europa y el resto de las libertades como segunda prioridad. Y ha puesto siempre de manifiesto que tanto los derechos humanos como la libertad tienen una dimensión universal.

Simone Veil preside en La Haya el Fondo de Ayuda para las víctimas de los crímenes contra la Humanidad, que depende directamente del Tribunal Penal Internacional y donde se ponen de relieve las responsabilidades históricas de Europa y particularmente con África. Y no ha dejado de denunciar a países como Rusia por sus tendencias autoritarias, así como los regímenes autocráticos de los países socios de la orilla meridional del Mediterráneo y el frágil proceso

democrático en algunos Estados del sudeste asiático. Y en la propia Europa ha puesto de relieve cómo el acceso a Internet y su uso puede crear conflictos de objetivos entre la protección de datos y la protección de los mismos.

En todas sus actuaciones Simone Veil ha sido un ejemplo de comportamiento democrático, de integridad moral frente al oportunismo, al cinismo y a la frustración.

No quisiera concluir sin unas breves reflexiones personales a la luz de las enseñanzas y experiencias de maestros, responsables políticos, funcionarios, compañeros en la Administración española y en las Instituciones europeas a lo largo de cincuenta años desde mi época de estudiante en la Academia de Derecho Internacional de La Haya, donde escribí mi tesis doctoral en 1960 hasta el momento presente en el Instituto de Estudios Europeos de la Universidad San Pablo CEU de Madrid.

Lo primero que aprendí en aquellos años de mi formación cuando compartía estudios con un joven profesor y gran maestro del Derecho Internacional y de las Relaciones Internacionales, Juan Antonio Carrillo Salcedo, fue que aquellos hombres y mujeres que estaban forjando entonces el futuro de la Europa comunitaria eran sobre todo personas de buena voluntad que querían acabar con aquel mundo de odios y rencores en el solar europeo y demostrar al mundo que su ideal de paz y de fraternidad podía ser más fuerte que el espíritu de venganza y de odio que había prevalecido en los espíritus.

Fue entonces cuando nació esa Europa que muchos queremos que siga viva, una Europa con unos valores que no puedan ser destruidos nunca más por una guerra civil europea.

Y esos ideales se forjaron en generaciones de hombres y mujeres que habían sido testigos directos o próximos de tanta desgracia, y se creó una auténtica conciencia europea; conciencia de paz y de solidaridad, conciencia de que unos pueblos que habían sido rivales, podrían ser solidarios para mirar juntos hacia el futuro en una misma dirección.

Y podían serlo porque a los europeos —como nos ha recordado tantas veces el Presidente del Colegio de Europa de Brujas, Íñigo Méndez de Vigo, en sus discursos y colaboraciones— por muchas que sean las discrepancias, es mucho más lo que nos une que lo que nos separa: nuestra cultura, nuestra identidad, nuestro destino, nuestra idea del hombre y de la civilización, nuestras raíces cristianas —aunque muchos se empeñen en negarlo— y nuestra idea de la libertad. Ese es para mí el ideal europeo. Y es al que hay que volver cuando dudamos de

Europa. Ese debe ser nuestro objetivo. No lo es ni las instituciones, ni los procedimientos, ni las directrices, ni los Tratados. Todo esto no son más que medios. Europa es un proyecto de civilización y no un conjunto de textos, de normas y de criterios.

Eran los años 50 y 60 cuando aprendí que no son los Tratados de paz, ni los Tratados comunitarios los que hacen avanzar el espíritu europeo sino el espíritu europeo el que permite concluir los Tratados. Como decía el Presidente de la República francesa en un discurso sobre Europa el 2 de julio de 2007 en Estrasburgo, cuando Europa sustituye los fines por los medios, provoca una crisis. Cuando Europa se preocupa sólo por su organización y funcionamiento sin preguntarse al servicio de qué proyecto está esa organización, sólo consigue fracasos ya que el resultado es una Europa incomprensible que suscita rechazo. Nada hay peor que la gran máquina de Europa cuando da la impresión de haberse convertido en su propio fin y que se olvida de apelar a la conciencia europea, que es la única que puede sostenerla y que ha puesto en marcha un proyecto de civilización.

Por eso quiero terminar diciendo que la salida a la crisis constitucional que se ha logrado no está en las virtudes o defectos del nuevo Tratado sino que está en conseguir que se compartan las finalidades de Europa entre sus pueblos, en volver al espíritu de los Padres Fundadores, en recuperar la Política con mayúsculas, en conseguir una legitimidad con la adhesión, los valores, los objetivos y los ideales compartidos.

Por supuesto que para ello necesitamos unos medios y esos medios los tenemos en el texto del nuevo Tratado. Los tenemos en las Instituciones, en el Presidente estable, en el Alto Representante de la Unión para los Asuntos Exteriores, en el reconocimiento jurídico del Eurogrupo, en el control de los Parlamentos Nacionales, tras la propuesta de la Comisión para hacer que se respete el reparto de la competencia entre la Unión y los Estados miembros, en el voto por mayoría cualificada extendida a numerosos ámbitos, en lugar de la regla de la unanimidad en una Europa a 27, lo tenemos en el refuerzo del papel del Parlamento Europeo, en la puesta en práctica de las cooperaciones reforzadas. Lo tenemos en una Europa que sea capaz de invertir masivamente en las actividades del mañana, en infraestructura, en formación, en investigación y en la que pongamos el Euro al servicio del crecimiento y de la economía.

Una Europa que controle la emigración, desde el respeto a la diferencia, pero sin que nadie pueda decidir y regularizar masivamente, sin el acuerdo de los

demás. Una Europa que luche contra el terrorismo, que coordine sus políticas, que controle sus fronteras exteriores.

Una Europa que respete las naciones, que quiera que cooperen, que se unan, que deleguen parte de su soberanía, pero que no quiere que desaparezcan, que no quiere que se construya sin ellas, porque las naciones son las grandes protagonistas del quehacer europeo.

Una Europa que se abra a la mundialización y a la libertad económica pero en un marco recíproco.

Una Europa que se oriente hacia el Sur, que tienda la mano a África y al mundo subdesarrollado. Una Europa que respete la legalidad internacional, que coordine sus actuaciones en los foros internacionales y que aporte ideas a la reforma de las organizaciones universales.

Una Europa que no pretenda convertirse en un Súper Estado, ni en un solo país, o una sola nación sino en una Federación de Estados nacionales desde el respeto a las diversas naciones que la componen.

Esa es la Europa en la que muchos soñamos, como soñaron Erasmo y el segoviano Dr. Laguna, Monnet y Madariaga y también los galardonados con el 'Premio Carlos V' cuyos testimonios están aquí recogidos, una Europa que seguirá siempre abierta porque lo propio de Europa es seguir siendo una construcción inacabada movida por una constante insatisfacción.

Para eso hace falta un clima psicológico, intelectual, moral, para que en el seno de nuestras viejas naciones cada uno sepa lo que es posible, y cómo puede cumplir sus sueños, porque las posibilidades de la aventura humana son infinitas.

Y no deben sorprendernos los problemas que nos acosan, que son muchos, ciertamente. Debe ser mayor nuestro compromiso no sólo en el interior de la Unión, sino también hacia el exterior, tanto con los Estados Unidos, un país con el que compartimos ideales y proyectos por encima de las circunstancias de políticas y de Gobiernos, así como con otros dos grandes países que no podemos descuidar: Rusia y sus vecinos por una parte, y en el sur la región mediterránea, ahora que se apunta una unión entre sus dos riberas y que debe completar lo que quedó en suspenso del proceso de Barcelona. Ese hogar de civilizaciones que es hoy víctima de graves tensiones exige por nuestra parte un compromiso serio y una acción común y no quedarnos en gestos aislados y tantas veces inútiles. Y debemos esforzarnos en realizar acciones comunes en las negociaciones económicas internacionales en la Organización Mundial de Comercio, en las Instituciones financieras, en la Organización de Naciones

Unidas y tener en cuenta la responsabilidad que tiene Europa con los países en vía de desarrollo y que en plena globalización no podemos mantenerlos aislados y fomentar ese inadmisible apartheid global a todas luces inaceptable.

Por último, no debemos descuidar tampoco las nuevas fronteras de la Unión. No podemos dar la impresión a esos pueblos que son nuestros vecinos en los Balcanes, que ponemos más obstáculos que antes en relacionarse con nosotros. Por el contrario, debemos transmitirles un mensaje de paz y de apertura. Y en relación con Turquía, después de decidida la apertura de negociaciones para la adhesión por los veintisiete Estados miembros, en el año 2004 y puesta en práctica a partir del 2005, no podemos estar constantemente poniendo en entredicho las condiciones de Turquía como país europeo para llegar a ser un día Estado miembro si reúne las condiciones que exige el Tratado. Evidentemente, todo Estado, cuando se plantea el tema de la adhesión, podrá decidir por el medio constitucional que elija si lo acepta o no en la Unión y no cabe duda que la admisión a la Unión será siempre una decisión por unanimidad. Pero plantear desde ahora, con la insistencia que se está haciendo, que hay que contemplar la alternativa de un régimen privilegiado fuera de la adhesión, sólo conduce a frenar el impulso de Turquía a cumplir todas las condiciones necesarias para llegar a ser un día miembro de pleno derecho.

Europa debe ser el principal motor para llevar a cabo una globalización de rostro humano y reconstruir un orden moral no perfecto, porque esto es algo que nunca se alcanza. Pero debe, también, contribuir a la igualdad de oportunidades para todos los pueblos, luchar contra el hambre, contra la falta de asistencia sanitaria, contra las desigualdades en el acceso a la educación, y la defensa a ultranza del Estado de derecho, en el ejercicio de la libertad para decidir y emprender en el respeto de la ley, la democracia parlamentaria y la dignidad de la persona humana. Esa es —como ha dicho Jacques Delors— la nueva frontera de la Gran Europa.

**Marcelino Oreja Aguirre.** Madrid, 1935. Político y empresario español. Ministro de Asuntos Exteriores (1976-1980), secretario general del Consejo de Europa (1984-1989) Comisario Europeo de Transportes y Energía (1994-1999) participó en la elaboración del Tratado de Maastricht. Es presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y académico de la Academia Europea de Yuste.